

ilustre caudillo,—cree que el flamante capitán general de la Nueva España le vá á nombrar cacique de alguna provincia.

Esta bufona excitó la hilaridad de todos, y Abeni daño se retiró, por que temia que aquella escena terminase de una manera tempestuosa.

Mientras Hernan Cortés se hallaba acompañando al monarca en su expedición, se recibió en casa de don Alvaro la noticia del fallecimiento de los padres del caudillo.

El anciano don Martin, al tener noticia de la llegada de su hijo, quiso ponerse en camino.

En vano su esposa le hizo ver lo temerario de su empresa.

Abandonando el lecho en donde hacia dias estaba postrado, mandó llamar á un arriero que hacia viajes á Toledo, para que le acompañase.

No habian andado media legua, cuando sufrió una terrible caída.

Su débil naturaleza no le permitió soportar aquel contratiempo, y murió.

Su esposa le sobrevivió pocos dias.

En sus últimos momentos sintieron una acerba pena los ancianos, al convercense de que tenian que renunciar al placer de abandonar á su querido hijo.

Capítulo XXVIII.

Una triste noticia.

Cuando Hernan Cortés regresó despues de acompañar al emperador Carlos V hasta Zaragoza, le dijo el duque de Béjar:

—No podeis figuraros, mi querido amigo, lo que celebramos vuestra vuelta. Desde que salisteis de aquí faltaba la alegría en esta casa.

—Yo aprecio en todo lo que valen esas cariñosas palabras, y sólo deseo la ocasion de poder manifestaros que no soy un ingrato. Pero aunque por breves dias, me vais á permitir señor don Alvaro, que abandone de nuevo vuestra hospitalaria morada.

—¿Con qué objeto, si no es indiscrecion preguntároslo?

—Con la de cumplir un sagrado deber. La enfermedad que se apoderó de mí apenas llegué á esta ciudad los asuntos que me preocupan, me hicieron olvidar un momento á mis queridos padres. Jamás me perdonarán, ni me perdonaré yo el haberles demorado el placer de estrecharme entre sus brazos, Así pues contando con vuestro beneplácito, esta noche me pondré en camino para Medellín.

—Laudables son esos deseos, y ellos dan una idea exacta de la generosidad de vuestros sentimientos. Pero debéis considerar que aún estais débil, que acabais de llegar de un largo viaje, y que el cansancio pudiera postraros de nuevo en cama.

Hoy, que el monarca ha comprendido lo que valeis, que ha recompensado aunque débilmente, vuestros servicios, que os ha animado á que continuéis por la senda en que tantos laureles habeis recogido, sería muy triste que obedeciendo á impulso de vuestro corazón,—impulso que yo seré el primero en elogiar,—tuviérais una recaída.

Los hombres como vos se deben á su patria, y en aras de ella deben hacer el sacrificio de sus más caras afecciones.

—Es cierto lo que decís; pero yo confío en que la Providencia me dará fuerzas, en que si soy el llamado á realizar sus designios, protegerá mi vida. Por otra parte, mis ancianos padres necesitarán recursos, y yo debo acudir en su socorro.

—En ese caso, voy á proponeros un medio.

—¿Cuál?

—Yo mandaré á uno de mis criados para desempeñar esa comision.

—Agradezco ese nuevo obsequio, señor duque; pero no puedo renunciar al placer de abrazar á mis queridos padres.

—¿Y si yo os rogase que permaneciéseis aquí?

En esto estaban de su conversacion, cuando llegó fray Pedro Melgarejo.

Adivinaba lo que sucedia, y se habia propuesto desempeñar la triste mision de ser el primero que diese la fatal noticia al héroe de nuestra historia.

—Ya os tenemos otra vez en casa,—dijo,—y ahora esperamos que no nos abandonareis en mucho tiempo.

—Al contrario,—dijo el duque,—proyectaba separarse hoy mismo para ir á ver á sus ancianos padres.

—¡Ah!—exclamó fray Malgarejo, dando á entender con aquella exclamacion que presagiaba una desgracia.

Hernan Cortés, alarmado ante la tristeza que revelaba el sacerdote:

—Hablad, por Dios,—le dijo;—¿acaso los autores de mis dias han muerto?

—No creo que se hayan perdido las esperanzas de salvarles.

—Segun eso, ¿están enfermos?

—Sí, Hernan Cortés; y enfermos la gravedad.

—¡Oh! ¡Ahora mismo voy á correr á su lado!

—Y quién sabe si llegareis tarde.

—Pero mi deber...

—Vuestro deber, hijo mío, es respetar los decretos de la Providencia.

—Pero ¡cómo habeis sabido!...

El mismo día de vuestra partida para acompañar al monarca, llegó aquí un propio participándonos...

Fray Pedro no tuvo bastante valor para terminar la frase.

—¡Por piedad!—exclamó Cortés.—Decidme la verdadera situación de los autores de mis días.

—Vuestros padres,—añadió con voz solemne fray Melgarejo,—están en el cielo.

Hernan Cortés, anonadado por aquella inmensa desgracia, estuvo algunos días en cama.

No hay para qué decir que Blanca, la candorosa y apasionada Blanca, no se separó ni un instante del enfermo:

Un día Hernan Cortés exclamó con la mayor amargura.

—¡Por qué Dios no habrá dispuesto de mi vida? Después de haber arrostrado tantos sufrimientos, hoy que parecía que la suerte empezaba á sonreirme, una nueva desgracia me deja solo en el mundo! ¿Qué es el hombre sin afecciones? ¿Qué sin tener una persona querida que se interese en su dicha, que le consuele en los días adversos?

—¡Qué ingrato sois!—le dijo Blanca, contemplándole con esa languidez, con esa fijeza, con ese arrobamiento, harto más elocuente que cuantas pala-

bras pudiera pronunciar la mujer que se halla frente á frente del objeto á quien ama.

Hernan Cortés no pudo sustraerse á la influencia de aquella mirada, y exclamó con ternura:

—Yo no puedo ser ingrato con vos, hermosa niña: pero dispensad que se halla expresado en esos términos el que siente la soledad en su corazón.

—¡Segun eso, no amais á nadie?—se atrevió á decir Blanca.

Esta pregunta estrechó más la situación de Cortés.

La verdad es que la hija de don Alvaro le enloquecía, pero no se aventuraba á declararle su amor.

Después de un momento de lucha, impulsado por la pasión que le dominaba:

—Amo,—añadió,—pero amo sin esperanza.

—Segun eso, ¿habeis sufrido algún desengaño del objeto de vuestro cariño?

—No.

—¿Entonces, en qué os fundais para haber perdido toda esperanza?

—En que mi felicidad sería tanta en ser correspondido, que no me atrevo á soñarlo siquiera.

—De todos modos,—añadió la joven, bajando los ojos,—deber vuestro es aventurar esa declaración. Tal vez juzgais mal á la mujer objeto de vuestro cariño, tal vez daría su vida por haber despertado en vos ese sentimiento dulcísimo.

Y al pronunciar estas palabras, alzó los ojos y

se fijó de nuevo en Hernan Cortés, sonriéndose de una manera encantadora.

—¡Blanca!—exclamó este.

—¡Hernan!

El ilustre candillo, sin darse cuenta de lo que hacia, sin poderse dominar, imprimió un ósculo en la frente de su amada.

Blanca se ruborizó y abandonó la habitacion.

En honor de la verdad, debemos decir que disculpó aquel atrevimiento, en gracia de los nuevos horizontes que se presentaban á su vista despues de aquella escena que habia tenido lugar entre ella y el ilustre candillo.

Ramiro, el paje Ramiro, que como sabemos estaba enamorado de Blanca, la espiaba continuamente, y oculto detras de una cortina, habia asistido á la entrevista que habia celebrado con Hernan Cortés.

—Ahora me explico por qué no me ama,—se dijo;—pero yo le juro que si no es mi esposa, no ha de serlo de nadie.

Y cuando Blanca se retiraba de la habitacion en donde se hallaba Hernan Cortés, Ramiro salió á su encuentro y le dirigió una furibunda mirada, como dándole á entender que no era extraño á su secreto, que estaba dispuesto á vengarse de sus desprecios.

Capitulo XCIX.

Quién era el paje Ramiro.

Digamos algo de Ramiro.

Fruto de una pasion criminal, habia nacido en Flandes, siendo su padre el señor de Chievres.

En cuanto á su madre, sólo se sabe que fué una dama de las más principales, que murió á los pocos dias de darle á luz.

En sus últimos momentos le confió la desgraciada señora á unos aldeanos, revelándoles el secreto de su nacimiento.

—Cuanto contiene este cofrecillo,—les dijo,—os lo cedo gustosa con tal de que á mi hijo nada le falte. Procurad por todos los medios posibles despertar en el corazon de su padre el deber en que está de darle su apellido. En cuanto á Ramiro, que sea para

él siempre un misterio la historia de su vida, excepto en el caso de que su padre le abra los brazos.

Ramiro llegó á los quince años, y las diferentes veces que preguntó á los aldeanos en cuya casa vivía quiénes eran los autores de sus días, notó en ellos embarazo para contestarle.

—¡Oh! ¿Qué terrible enigma,—se decía,—encierra mi nacimiento, que no me atrevo á descifrarle? La reserva de estas sencillas gentes obedece indudablemente á órdenes recibidas. Si mis padres no han muerto, yo espero algun día encontrarles y hacerles pagar entonces su abandono.

Tal vez creerán que con haber atendido á mi manutencion han llenado sus deberes; si tal han creído, deben ser muy infames. En medio de las comodidades con que me he criado, en medio de las caricias que estos padres adoptivos me han prodigado adivinaba mi corazón algo que le estremecía.

Cuando me hallaba al lado de mis compañeros de la infancia, y les oía hablar de sus padres, del porvenir que les aguardaba atendida la posición que ocupaban los autores de sus días, me entristecía á pesar mio.

Una nube de tristeza oscurecía la frente del manco, y á medida que avanzaba el tiempo, su carácter se iba volviendo cada vez más tético.

La idea que le dominaba, trabajando su espíritu, le postró en el lecho del dolor.

Sufría tanto, que para sustraerse á las preguntas que le dirigian sus padres adoptivos respecto á si

notaba ó no mejoría en su estado, la mayor parte del día la pasaba con los ojos cerrados, como si estuviese dormido.

A esta circunstancia debió el poder descorrer el velo que cubria su misterioso nacimiento.

Alarmados los infelices aldeanos en cuya casa estaba de los progresos que hacia su enfermedad, conversaba en voz baja al lado del lecho de Ramiro:

—Yo creo,—decía el marido,—que debemos avisar á su padre. Ya has visto que á pesar de su aparente indiferencia, quiere mucho á su hijo.

—Te engaña el cariño que hemos cobrado á Ramiro. De otro modo, si su padre sintiese hácia él ese afecto que dices, le tendría á su lado.

El enfermo escuchaba con atención, aunque fingiendo siempre que dormía.

—En el mundo, á veces,—continuó el marido,—hay que sacrificar los más dulces sentimientos ante las conveniencias sociales. La posición que ocupa su padre, el estado á que pertenece, hacen imposible que tenga á su lado. La maledicencia se cebaría en él, y tal vez, abandonando la reserva en que se ha encerrado, no podría ser útil un día, como lo será de seguro, á su hijo.

Ramiro oprimía su corazón, que latía con tal violencia como si fuera á saltársele del pecho.

—No defiendas á su desnaturalizado padre; una cosa es que no le tuviese en su propia casa, y otra es que se haya podido acostumbrar á no verle durante tanto tiempo.

—Eso es verdad; y bien podía el señor de Chievres haberse llevado su hijo á Castilla.

Allí, como en todas partes, el que tiene dinero lo encuentra todo llano. Pero nos olvidábamos de lo principal, Ramiro está cada dia más grave, y antes de que ocurra una catástrofe debemos avisar al señor de Chievres.

—Saca el medallon que me dió su madre,—añadió bajando la voz el aldeano,—para presentarle á la persona que aquí representa al padre del mancebo. Ya sabes lo que dijo el señor de Chievres cuando estuvo aquí con el emperador: «Si alguna vez necesitais algo, si ocurre cualquier suceso grave, presentaos al sobrino del duque, y él ordenará lo que convenga.»

La aldeana salió á obedecer la indicacion de su marido, y Ramiro entonces, haciendo un violento esfuerzo, se incorporó en el lecho.

Cogiendo febrilmente entre las suyas las manos de su padre adoptivo, y mirándole de una manera siniestra:

—Lo he oido todo, y si no me revelais detalladamente la historia de mi nacimiento, perecereis á mis manos.

—Por Dios, hijo mio, cálmate; sin duda alguna pesadilla te hace expresarte de ese modo. Considera que cualquiera agitacion puede serte funesta.

—No estoy tan grave como suponeis; mi enfermedad era más un padecimiento moral que fisico; deseaba saber quiénes eran los autores de mis dias;

no seais tan cruel que querais privarme de esta dicha. Mi gratitud hácia vos será eterna.

Y al pronunciar estas palabras, besaba las manos de su padre adoptivo, y abundante llanto corria por sus mejillas.

Como no podia ménos de suceder, la violenta emocion que le habia producido aquella inesperada revelacion agravó su enfermedad llegando á perder toda esperanza de salvarle los encargados de su existencia.

Aquellas sencillas gentes en cuya casa estaba no se perdonaban el haber sido causa de su empeoramiento.

La naturaleza, por fin, triunfó de la enfermedad, y Ramiro no tardó en entrar en la convalecencia.

No hay para qué decir que reiteraria su súplica á su segundo padre.

Este, cediendo á sus instancias, le contó cuanto sabia, y hasta le entregó aquel medallon que contenia el retrato de su madre.

Ramiro manifestó su formal resolucion de emprender el viaje á España, y no pudiéndole disuadir de su empeño, le entregó el aldeano dinero suficiente para el viaje.

Inverosímil parece que un jóven de tan poca experiencia como el hijo del señor de Chievres, se aventurase á llevar á cabo un viaje tan largo; pero la idea que le dominaba le hacia no ver los peligros que tenia que arrostrar, y además le daba fuerzas para realizar sus propósitos.

Después de algunos meses de angustia, de zozobra por las contrarias ideas que le agitaban, llegó á España.

Averiguó dónde estaba la corte y se dirigió á ella.

Cuanto más se aproximaba el solemne momento de presentarse á su padre, mayor era su temor.

Por fin se decidió á ir á palacio, y se hizo anunciar al señor de Chievres.

—Acabo de llegar de Flandes,—dijo,—y traigo una comision importante.

El intrigante consejero le concedió la audiencia que solicitaba.

Ramiro no tardó en hallarse frente á frente del autor de sus dias.

Este vió en su fisonomía rasgos que le recordaban los de aquella desgraciada mujer que le habia dado á luz.

El sentimiento paternal le impulsaba abrir los brazos al jóven.

Pero al considerar que aquel acto podria perjudicarle en su reputacion, con acento severo le preguntó:

—¿Qué motiva vuestro viaje, jóven? Abreviemos, porque los muchos negocios que pesan sobre mí me obligan á terminar cuanto antes esta entrevista.

Ramiro, fijando en el señor de Chievres una mirada suplicante:

—¿No os dice nada vuestro corazon?—exclamó.

—Mi corazon permanece mudo.

—¿No evoca en vuestra alma algun recuerdo mi presencia?

—Absolutamente ninguno,—contestó con la mayor seguridad el señor de Chievres.

El jóven empezaba á dudar de la veracidad de las palabras que respecto á su nacimiento le habian revelado los aldeanos en cuya casa habian corrido sus primeros años.

No comprendia que hubiera un padre tan desnaturalizado que pudiera olvidarse por completo de un hijo cuya existencia no ignoraba.

Queriendo apurar el último recurso, sacó el medallon, y presentándole al señor de Chievres:

—¿Y este retrato,—le dijo,—no evoca tampoco ningun recuerdo?

Vivisima impresion produjo en el señor de Chievres aquella joya.

Trató sin embargo de dominarse, y añadió:

—¿Qué significa eso?

—¡Oh! No trateis de ocultar el sentimiento que os embarga. Teneis en vuestras manos el retrato de la que me dió el sér; permitid á su hijo que estreche en sus brazos al autor de sus dias.

Y Ramiro se disponia á acercarse á su padre: pero este, rechazándole:

—¿Y quién os ha dado permiso para abandonar la patria en donde habeis nacido? ¿Con qué derecho invocais el nombre de hijo, cuando con vuestra presencia contrariais los planes que yo abrigaba respecto de vuestro porvenir?

—Perdonad mi atrevimiento. Es tan triste hallarse solo en el mundo, con la vergüenza de no tener un apellido...

¡Oh! Por piedad, reconocedme como vuestro hijo, y despues ordenad de mí le que gustéis.

—Haceros digno de ese título. El día que por vuestras virtudes, por vuestras hazañas, merezcáis ser mi hijo, yo os abriré mis brazos.

Y haciendo una señal imperativa, obligó al jóven á que abandonase la estancia.

Ramiro salió con el corazon traspasado, abrigando proyectos de venganza.

Pero la violenta emocion que le produjo aquella escena le hizo caer desmayado en las inmediaciones de palacio.

El duque de Bejar, que se dirigia á su casa, y que como sabemos, era muy caritativo, se compadeció del jóven y se le llevó.

Cuando volvió en sí Ramiro, le contó su historia, aunque ocultándole quien era su padre.

Don Alvaro le propuso quedarse á sus órdenes en calidad de paje, y el jóven aceptó.

Ya sabemos que se enamoró perdidamente de Blanca, y este dulce sentimiento apagó en su corazon la sed de venganza respecto al señor de Chievres.

Capítulo C.

Lo que hizo el paje despues de presenciar la escena que tuvo lugar entre Blanca y Hernan Cortés.

Ramiro, que habia sido desdeñado por la hija de don Alvaro, habia despertado una pasion violenta en una gitana llamada Rosario.

Esta, que no era correspondida por el mancebo, espiaba todas sus acciones para darse cuenta de su desden; y al saber que Blanca era la causa, continuamente le aconsejaba que se deshiciese de ella, toda vez que no premiaba su cariño.

El pajecillo, aunque casi habia perdido toda esperanza, no creia debia rebajarse á cometer accion tan indigna.

El día en que Ramiro sorprendió la escena que tuvo lugar entre la hija del duque de Béjar y el ilustre Hernan Cortés, cuando presenció el amoroso